

Interpretación de las dictaduras

LAS dictaduras modernas en Europa, aquellas de tendencia contrarrevolucionaria, constituyen un fenómeno exclusivamente grecolatino. Sólo existen, o han existido, en pueblos que recibieron la herencia de Roma, de Grecia y de la Iglesia Católica: Portugal, España e Italia; en un país de religión católica — la religión de los latinos (1) — y en el cual Francia ha ejercido una enorme influencia espiritual: Polonia; y en Grecia, que trata de restaurar el espíritu de la Hélade antigua y que ha sido formada por la Iglesia. Las dictaduras americanas de hoy, reflejo de las europeas, confirman la verdad del hecho anotado.

Fenómeno grecolatino, dije, y debo agregar: fenómeno mediterráneo (2), característico de los países que rodean el mar azul. Salvo Rumanía, todas las naciones de exclusiva tradición grecolatina han llegado a la dictadura o aspiran a ella. Aspira Francia, donde el pueblo y las grandes fuerzas morales, fatigados de los Herriot, los Caillaux y los Briand y temerosos del comunismo que avanza, desean vehementemente una mano poderosa que imponga el orden estable. Poincaré, al substituir las leyes por decretos, vale decir: al asumir una parte del poder legislativo (3), se ha alejado del liberalismo democrático. Su gobierno constituye, según frase corriente, una dictadura económica.

Ahora bien: como esta afición grecolatina hacia la dictadura no es mera casualidad, debemos buscarle una explicación. ¿Será que los grecolatinos no amamos la libertad? Hay que negarlo rotundamente. ¿Será que no somos capaces de ser libres, porque no sabemos serlo o porque nos falta cultura? La historia demuestra la falsedad de lo primero; y en cuanto a lo segundo, es más culto el pueblo andaluz, por ejemplo, o el napolitano, descendiente de los griegos, que el londinense o el berlinés. Porque la cultura es una excelencia que reside en la alta calidad de los sentimientos, en los buenos modales, en el sentido humano y desinteresado de

(1) Esto lo digo, como se comprenderá, en un sentido relativo. La religión católica es universal, y durante muchos siglos los pueblos germanos y otros de origen bárbaro obedecieron a la Iglesia. Pero en la actualidad, no sólo son católicos todos los países latinos, sino que el espíritu latino resulta mucho más acorde con el catolicismo que el espíritu germano o el anglosajón.

(2) La palabra "mediterráneo" significa, como nadie lo ignora, lo que está rodeado de tierra; pero puede ser empleada, y se la emplea comúnmente, para adjetivar lo que es propio del mar de ese nombre y de los pueblos que lo circundan. Así se dice "cultura mediterránea", lo que equivale a "cultura de los países del Mediterráneo".

(3) "...la République en est déja au régime des décrets-lois"... (Jacques Bainville, "Histoire de France").

la vida. Maurice Barrés nos ha dado, en su pequeña obra maestra "Colette Baudoche", una serie de admirables imágenes para mostrar lo que es la cultura, palabra que aquí estoy empleando como equivalente de civilización. Colette, la delicada y modesta muchacha lorenesa, se nos aparece, no obstante su ignorancia, mucho más culta que su novio, el pedante joven alemán, lleno de libros pero desconocedor de la belleza y falto de toda distinción personal.

No es amor a la libertad, ni capacidad para practicarla, ni cultura lo que nos falta a los grecolatinos. La explicación debe ser buscada en otra parte. Intentemos encontrarla.

Coloquémonos, por un instante, en el primer tercio del siglo XIX. Un escritor ginebrino, Juan Jacobo Rousseau, extraño a la tradición grecolatina por ser protestante y por su carencia de estudios clásicos, ha engendrado, al través de los años, pues murió en 1778, y a la par de algunos posteriores filósofos y estetas alemanes, el romanticismo. Dominan las nuevas ideas en las letras, en la política, en la vida. Han sido trastornados, en todas las cosas, el orden clásico y las jerarquías. El sentimiento y la sensibilidad predominan sobre la razón y la inteligencia. Lo feo y lo deforme adquieren categoría estética. La pasión justifica todos los extravíos.

En política, esta revolución condujo lógicamente a la democracia y al socialismo. La revolución francesa fué, en rigor, el primer estallido romántico. La igualdad de todos los hombres, invención de Juan Jacobo, fué el dogma de esos tiempos y de todo "el siglo estúpido". Unos cuantos ilusos, Saint-Simón, Fourier, Proudhon, engendraron el socialismo, al que el judío alemán Carlos Marx rodeó de un formidable aparato científico. Todo orden y toda jerarquía fueron combatidos. Los grandes escritores románticos llegaron sin esfuerzo a la anarquía. Chateaubriand escribió que "todo gobierno es un mal", y Edgard Quinet, George Sand, Victor Hugo y Michelet exaltaron el desorden. Por su odio al orden jerárquico, por su indiferencia hacia los valores espirituales, por su desconocimiento de la Inteligencia, por su lenguaje declamatorio, por su ingenuidad progresista y utópica, la democracia y el socialismo fueron, y siguen siendo, profundamente anticlásicos. Y por ésto, el socialismo, que va un poco más allá que la democracia, no ha arraigado, ni arraigará nunca, en los pueblos de tradición grecolatina. Cientificista e ingenuo, pedantesco y frío, materialista y utópico, el socialismo será siempre para nosotros, los latinos, algo exótico: una invención alemana.

Durante el siglo XIX nadie osaba discutir el dogma democrático. Las naciones monárquicas se convir-

tieron en repúblicas, ya que los reyes sólo tienen valor decorativo. El socialismo, temido al principio, y considerado como cosa distinta de la democracia, si no opuesta a ella, llegó a merecer luego el respeto y aun la simpatía de los conservadores. A principios de este siglo, el socialismo — práctico, burgués, científico en los países de origen bárbaro, en los que era poderoso — parecía encarnar en los latinos los ideales del romanticismo político y penetraba en ellos al parecer triunfalmente. Los socialistas dijeron que ellos eran los verdaderos y únicos demócratas, y, en efecto, empezó a verse que ambas tendencias, nacidas de Rousseau y de la Revolución francesa, no se oponían: el socialismo era la conclusión lógica de la democracia.

La guerra terminó con la ilusión romántica. Pero desde años antes, Charles Maurras y sus discípulos venían haciendo el proceso del romanticismo en todas sus formas. La democracia fué atacada en sus bases y Rousseau mereció ser justamente considerado como un hombre funesto. La obra entera de Maurras representa una tentativa de restauración de la política clásica.

Y surgió Benito Mussolini. Por primera vez, un gobernante se pronunciaba contra la democracia y el liberalismo político. Al principio roussoniano y anárquico "todos los hombres son iguales", opuso este otro, que restableció el sentido de las jerarquías: "cada uno en su puesto". En seguida, surgió la dictadura en España, en Portugal, en Polonia, en Grecia, en Chile. Todas, más o menos, han nacido por el triunfo del fascismo italiano. Y todas restablecen el orden jerárquico, imponiendo el respeto al poder, reponiendo a la Iglesia en su verdadero lugar, estableciendo la enseñanza religiosa, combatiendo la inmoralidad.

Las dictaduras modernas, pues, significan una tendencia hacia la política clásica, es decir hacia la política en que todo está ordenado y equilibrado, en que lo espiritual prima sobre lo material, en que la razón no es dominada por el instinto y en que se trata de realizar, al modo moderno, los principios del gobierno y del derecho romanos. Por ésto las dictaduras han nacido en los pueblos clásicos — Italia, España, Portugal, Grecia — y por ésto se la desea en Francia. Y por ésto, los partidarios de la dictadura sienten tanta aversión hacia el socialismo, doctrina anti-clásica y bárbara.

No se me atribuya el considerar a la dictadura como la única forma de política clásica. Más bien la creo una forma transitiva. Los medios violentos, insignificantemente violentos al lado de los que practican las dictaduras revolucionarias, se explican, y hasta pueden ser necesarios en los comienzos, por tratarse de una ~~con-~~ ~~man-~~ ~~evolución~~, vale decir: una nueva revolución, fundada en opuestos principios a los que originaron la revolución francesa y sus derivados el socialismo y el bolcheviquismo. La política clásica no consiste en la dic-

tadura, precisamente, siendo ésta, en realidad, sólo un modo de realizarla.

Pero este renacimiento clásico en política — retorno al orden romano, restauración de los principios de la Iglesia, heredera de la tradición de Grecia y de Roma — no es un fenómeno aislado. En las artes y en las letras se advierte también una resurrección del clasicismo. La sentimentalidad romántica y su vacua fraseología se ha refugiado en la política y en la literatura izquierdistas.

Para concluir, debo contestar a esta pregunta: ¿por qué los países de origen bárbaro no han conocido la dictadura? Creo que porque no la necesitan. Adoptaron, a su tiempo, las normas de la civilización grecolatina y cristiana, y han tenido el buen acuerdo de apartarse de ellas lo menos posible. Se alejaron de la Iglesia, es cierto, pero conservaron las tradiciones políticas de los romanos. No hay pueblos más jerarquizados que los de Inglaterra y Alemania. El romanticismo influyó escasamente en ellos. La desordenada vida de Lord Byron enseñó a los ingleses lo que era el romanticismo en la realidad; y, con razón, se horrorizaron. El socialismo perdió en Alemania su carácter romántico, tanto que, durante la guerra, demostró su respeto por las instituciones burguesas y su poca convicción pacifista. El romanticismo, en realidad, sólo perjudicó a los latinos. Imaginativos, sensibles, fácilmente exaltables, los franceses, los italianos, los españoles y los portugueses estaban condenados a ser víctimas de la ilusión romántica. Pierre Lasserre observa que un alemán — es el caso de Fichte — puede ser un revolucionario en teoría y un conservador en la práctica. Entre los latinos esta dualidad es inconcebible. Los socialistas alemanes pretenden, teóricamente, destruir la presente organización social, pero ésto no les impidió, durante la guerra, obedecer sumisamente al gobierno. Un latino que crea injusta y cruel a la actual organización social luchará contra ella. El espíritu revolucionario apenas es peligroso en los pueblos sajones y anglosajones. En los latinos, si no es suprimido a tiempo, estalla tarde o temprano.

Nosotros estamos desde hace años en pleno romanticismo. Pero, por ahora, no debemos alarmarnos demasiado. Es preciso que los ideales románticos, indudablemente generosos y de posible realización algunos, produzcan, entre tantos perniciosos efectos, sus escasos buenos frutos. Pero llegará un día, dentro de algunos años, en que la vida será intolerable en este país. Se reproducirán los horrores de Méjico y el socialismo parecerá triunfar. Y entonces tendrá que venir una restauración de la política clásica, es decir un retorno al orden perenne, a la razón, a los principios romanos de gobierno y a las normas morales y esenciales de la Iglesia Católica.

Manuel GALVEZ